

Coge el insecto sorprendido con todo cuidado, le mira con atención, le saluda con una mueca de contento y se lo traga en seguida.

Extraño y casi inexplicable es que al presente el magote se cuente en el mercado de animales entre los más raros, porque llegan muy pocos ejemplares á manos de los comerciantes. Por esta razón se le ve también muy poco en los jardines zoológicos y, con gran disgusto de los artistas ambulantes, en los teatros de monos. Por lo regular proceden estos monos de Mogador, en Marruecos; pero parece que al presente se ocupan mucho menos que antes en cogerlos, domesticarlos y venderlos.

Yo mismo recibí hace unos años cuatro individuos de su especie, y tuve por consiguiente bastante tiempo y ocasión para observarlos. Se distinguen por su carácter serio, sin ser, á pesar de eso, huraños. El rasgo principal de su carácter era la afabilidad; aunque, como mencionan los antiguos, eran fáciles de irritarse.

Los monos á quienes más se asemejan los magotes son los de ano rojizo, sus congéneres indios. Son buenos andadores, pero malos trepadores, si bien suben con mayor facilidad á los árboles que los cinocéfalos, y dan con bastante destreza saltos de un árbol á otro.

Los individuos de que hablo se habían encariñado con su guardian, si bien nunca olvidaron por completo su maldad natural. Cuidaban con gran predilección de perrillos, gatos y otros mamíferos, y pasaban horas enteras limpiándoles de los parásitos que los molestaban. Se mostraban muy agradecidos cuando el guardian les prestaba en apariencia el mismo servicio; es decir, cuando les separaba los pelos y hacia como si les cogiese también muchos de dichos huéspedes.

Los cuatro murieron casi sucesivamente sin que me hubiese sido posible descubrir la causa de su muerte.

El magote es el único mono que se encuentra todavía en Europa en estado libre.

Durante mi permanencia en el mediodía de España (1856), no pude averiguar nada de cierto acerca de la bandada que habita las rocas de Gibraltar. Dijéronme que era siempre bastante numerosa, pero que no se dejaba ver con frecuencia: desde lo alto de la fortaleza, y con el auxilio de un antejo, se divisan á menudo algunos individuos de esta especie, que buscan su alimento levantando las piedras y haciéndolas rodar algunas veces hasta la falda de la montaña. Rara vez se aproximan á los jardines; los españoles no saben nada de positivo acerca del origen de estos animales, é ignoran si han sido siempre europeos, ó si, procedentes de Africa, se han aclimatado en el país.

A. G. Smith ha publicado en un informe tan interesante como instructivo, el resultado de las observaciones y de los datos que recogió acerca del magote.

Habiéndose puesto en duda con frecuencia, hasta por un capitán de buque que había desembarcado muchas veces en Gibraltar, que se hallase esta especie en Europa, Smith había llegado casi á creer que no existían dichos monos en aquella localidad.

Cierta día que subió á la cima de la roca donde estaba el pabellón, á fin de admirar el magnífico golpe de vista que se disfruta desde allí, díjole el guarda que los monos acababan de salir, y entonces pudo tomar Smith los informes más minuciosos, debiéndose á él los datos siguientes:

«Los monos viven en el peñón desde tiempo inmemorial, y no es fácil saber cómo y cuándo han atravesado el mar. Cierto es que existe una leyenda morisca sobre este asunto, pero da una explicación demasiado cándida, diciendo que dichos monos conocen, aun hoy día, un paso subterráneo entre Marruecos y Gibraltar, á través del estrecho. La verdad

es que en aquella plaza existen los magotes, por más que su número se haya reducido notablemente, puesto que durante algunos años no se contaban más de cuatro individuos. Rara vez se los ve: apenas cambia de dirección el viento, mudan ellos de domicilio; son muy friolentos; temen mucho las variaciones de temperatura, particularmente si al viento del este sucede el del oeste, y vice-versa, en cuyo caso tratan de resguardarse ocultándose entre las rocas. Su viveza es notable: prefieren situarse al borde de los precipicios, donde encuentran un gran número de agujeros y cavernas que son para ellos un abrigo seguro y tranquilo; el alimento no les falta y parecen estar muy bien mantenidos. Entre las piedras crecen numerosas plantas cuyas hojas y frutos comen; gustan sobre todo las raíces azucaradas de la palmera enana, que abunda mucho en aquellas rocas, y para variar de régimen, comen también escarabajos y otros insectos. Dícese que cuando maduran los frutos bajan algunas veces de sus rocas para saquear los jardines de la ciudad, pero este hecho necesita confirmarse. Créese en general que son muy tímidos, y se asegura que huyen al menor ruido, si bien el guarda sostuvo lo contrario, mostrándome algunas rocas desde donde le habían estado mirando por la mañana, sin que al parecer les causara impresión alguna el uniforme inglés. Permanecieron bastante tiempo á unos treinta ó cuarenta metros del parapeto donde se apoyaba el guarda, y se retiraron sin apresurarse. Se les considera como poco sociables, pues no se les ve sino muy rara vez, y esto cuando mudan de vivienda para resguardarse del viento. Sin embargo, nadie los persigue, antes por el contrario, se evita cuidadosamente molestarlos. No he podido averiguar á punto fijo desde cuándo se les dispensa tamaña protección; pero debe datar seguramente de la época en que los ingleses se apoderaron indignamente de la plaza. Desde 1855, el gobernador los protege de un modo especial y apunta cuidadosamente las fechas de su aparición y su número. Según consta en su registro, se les ve cuando menos una vez cada diez días, y en ocasiones con más frecuencia, observándose que cambian de morada lo mismo en verano que en invierno, con el fin de evitar el viento. En 1856 contábase diez individuos, pero este número se redujo poco á poco á cuatro, y la colonia se extinguirá desgraciadamente por completo, atendido á que estos últimos son del mismo sexo. ¿No habrá entre los numerosos oficiales de Gibraltar algún hombre de bastante abnegación que vaya á las costas de Berbería, país con el que existen hoy tan frecuentes y fáciles comunicaciones, para adquirir algunos magotes, que se dejarían en libertad en la roca? Entonces podríamos esperar que la especie se multiplicara de nuevo y que continuara representando en Europa el orden más elevado de los mamíferos.»

Un año más tarde, dice Posselt con respecto á los mismos monos: «Durante la travesía de Cádiz á Gibraltar había tomado informes sobre los monos y un inglés habitante en Gibraltar me había asegurado que ya no los había. En la ciudad me dijeron que sí, y me indicaron también un número de tres á quince, no pudiendo fijarle más exactamente porque según me dijeron eran muy tímidos y vivían en las rocas más escabrosas é inaccesibles. Sin conductor subí poco á poco por el camino más cómodo, separándome después de la vía principal que conducía á la estación de señales, á los dos tercios de la altura, y me dirigí á la izquierda hacia la cima septentrional de la roca.

«El maravilloso paisaje que á mis piés se extendía me cautivó tanto que había olvidado completamente á los monos, cuando al llegar al último recodo del camino me llamó de pronto la atención un sonido extraño y agudo, que al principio creí era el ladrido lejano de un perro. A unos doscientos

pasos de distancia veía la primera batería con sus cañones de hierro amenazando á España. Sobre el parapeto de piedra de esta batería, corría lentamente, alejándose de mí, un animal de la talla de un zarcero escocés y del cual procedía el ladrido. Me paré y vi que era un mono, y que probablemente estaba allí de centinela, pues al extremo del muro hacia el Mediterráneo, estaban otros dos tendidos cómodamente al sol. Paso á paso me aproximé á los animales que se acercaban unos á otros y me observaban atentamente. Llegado á cosa de cien pasos me paré y los observé con atención; poco á poco recobraron su tranquilidad. De mil maneras mostraban el placer que les causaba el sol; ya se abrazaban, ya se revolaban cómodamente sobre el muro. A veces saltaba uno jugando sobre los cañones y volvía, pasando por las barbacanas, desde el otro lado hacia sus compañeros; en fin, parecía que hubiesen establecido allí su domicilio, resueltos á disfrutar del dulce calor del sol tanto cuanto pudiesen.

»Numerosos en años anteriores, están ahora reducidos al número de tres, y no se propagan más, sin duda porque son del mismo sexo, por manera que la pequeña familia se extinguirá pronto. Los propietarios de los huertos solían antes poner trampas, para preservar sus cosechas de las invasiones de estos voraces huéspedes, que causaban grandes estragos. Así no ha sido suficiente la protección de la poderosa Bretaña para salvar de la muerte á estos habitantes primitivos de su más temible fortaleza, y en pocos años la fauna de Europa tendrá una especie interesante de animales menos.»

Para consuelo de todos los amigos de los animales, puedo decir, que el temor de Posselt no se realizará, sino que por el contrario ha perdido desde entonces su fundamento. Por medio de mi hermano me dirigí al comandante mismo de la fortaleza, pidiéndole informes y recibí la siguiente contestación.

«El número de los monos que actualmente habitan nuestra roca es de once. Habiéndose visto que en las rocas hay bastante alimento para ellos, no se les da de comer y se les abandona á sí mismos. El vigía y los empleados de policía velan por su seguridad é impiden que sean cazados ó inquietados por nadie. El primero lleva un libro de notas sobre estos animales y está siempre muy al corriente de los que mueren y de los que nacen, siendo esto fácil, porque siempre se les ve juntos.

»Cuándo y cómo han venido á habitar esta roca nadie puede decirlo, si bien se han oído sobre el particular las opiniones más encontradas. Hace seis ó siete años que su número estaba reducido á tres individuos; sir William Codrington, sin embargo, temiendo se extinguieran por completo, importó de Tánger tres ó cuatro de ellos y desde entonces han vuelto á aumentarse hasta la cifra citada.»

Por consiguiente Europa no perderá todavía su única especie de monos.

LOS CINOCÉFALOS — CYNOCEPHALUS

El grupo de los *cinocéfalos*, de cuya descripción vamos á ocuparnos, comprende especies muy interesantes, pero que no tienen generalmente ningún atractivo bajo el punto de vista físico ni moral. Son las más horribles, ordinarias y repugnantes del orden de los cuadrumanos; su aspecto es feo y desagradable, ocupando el grado más inferior en la escala de los monos, porque en ellas desaparecen las más perfectas formas y hasta la belleza del pelaje, para ser sustituidas con las pasiones más bestiales.

Solo hay una especie que no se descubrió hasta estos últimos tiempos, y es el cinocéfalo gelada (*Cynocephalus gelada*); todas las demás eran ya conocidas de los egipcios, de los romanos y los griegos.

CARACTERES.—Llamamos como Aristóteles, *cinocéfalos* á estos monos, porque la forma de su cabeza se parece más á la de un perro que á la del hombre, con el cual tienen los demás cuadrumanos alguna semejanza. La que hay entre el cinocéfalo y el perro no es en rigor más que superficial y muy imperfecta, pues la cabeza del primero es la caricatura de la del segundo, del mismo modo que la cara del gorila es la caricatura de la del hombre. Sin embargo, el hocico del cinocéfalo le distingue de todos los demás monos, y no debemos privar al inmortal Aristóteles del honor de haberle dado nombre.

Los cinocéfalos son los monos más grandes después de los orangos: su cuerpo es fornido; sus músculos tienen una gran fuerza; su pesada cabeza se prolonga en un largo hocico, grueso y truncado en la punta, abotagado ó cubierto de rayas y con una nariz saliente. Su sistema dentario se parece al de los carnívoros por sus terribles caninos, cortantes por detrás; tienen los labios muy móviles y las orejas pequeñas; sus ojos, coronados de crestas superciliares muy desarrolladas, expresan la astucia y la malignidad que les caracteriza; ofrecen miembros cortos y fuertes, cinco dedos en las manos, y la cola, larga ó corta, aparece cubierta unas veces de pelos lisos, y otras abundantes, presentando callosidades asquerosas, muy grandes y de un color vivo. El pelaje es largo y lacio; el color gris, gris amarillo, verdoso, gris verdoso, etc., y en ciertas especies, la cabeza, el cuello y los hombros aparecen rodeados de una especie de crin.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA Y RESIDENCIA.—Los cinocéfalos habitan el Africa y las regiones del Asia más cercanas de aquella, la Arabia Feliz, el Yemen y el Hadramaut; según parece no pasan del golfo Pérsico y del Tigris, pero evidentemente debe considerarse el Africa como su verdadera patria. Se encuentran, no obstante, en diferentes regiones razas particulares que se extienden á varios países, y así, por ejemplo, se hallan tres especies en el Africa oriental, y en particular en Abisinia; otras dos en las inmediaciones del Cabo, y dos también en el Africa occidental.

Los cinocéfalos son verdaderos monos de las rocas; habitan las altas montañas, ó cuando menos, los países montañosos más elevados de Africa; no se les encuentra en los bosques y parecen evitar los árboles, donde no suben sino en caso de necesidad. Trepan por las montañas hasta la altura de diez ó doce mil piés sobre el nivel del mar, y llegan á veces al límite de las nieves perpetuas, aunque prefieren al parecer los países montañosos de cuatro á seis mil piés de altitud. Los viajeros más antiguos dicen que las montañas son su verdadera patria. Barthema de Bolonia, que atravesó la Arabia en 1503, refiere que vió en el camino de la ciudad de Zíbit, á media jornada de marcha del mar Rojo, y en una montaña de difícil acceso, más de dos mil monos semejantes al león por su aspecto si no por su fuerza. No era posible pasar por aquel camino sino escoltado por un centenar de personas á fin de poder rechazar los ataques de aquellos animales. La mayor parte de los demás viajeros que han recorrido los países donde habitan dichos monos, están igualmente acordes en que los cinocéfalos son animales de montaña, y hay ciertamente derecho para extrañar que algunos naturalistas más modernos den por sentado que las selvas vírgenes son su residencia.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—El alimento de los cinocéfalos está en relación con su género de vida: consiste en cebolletas, raíces tuberculosas, yerbas, frutos de

plantas trepadoras ó de los que caen de los árboles é insectos; las arañas y los huevos de pájaro, etc., se incluyen tambien en su régimen. Una planta africana, muy buscada por estos monos, ha recibido con tal motivo el nombre de *Babuina*, con que se designa tambien una especie de este género. Los cinocéfalos causan los mayores destrozos en las plantaciones y en especial en los viñedos; se ha dicho que llevan á cabo el saqueo con arreglo á un plan maduramente discutido; que arrebatan con frecuencia una gran cantidad de frutos de las cimas de las montañas, donde los almacenan para los tiempos en que falta el alimento, y hasta se refiere que en sus expediciones forman una cadena para pasarse los frutos de mano en mano. Cuentan tambien que si se les interrumpe cuando están ocupados en su pillaje, arrancan presurosos las calabazas, los melones, los pepinos ó las granadas que hallan á mano y se las llevan para arrojarlas en un sitio seguro fuera del jardín, volviendo despues para trasportarlas de etapa en etapa, por decirlo así, á cualquier punto elevado de su albergue. Por último, asegúrase que el centinela (apostado verdaderamente por ellos cuando van al merodeo), debe anunciar á los señores ladrones por medio de un grito la llegada del hombre, y añádese que la vigilancia del centinela es mucha, porque sabe que si falta á su deber, sus compañeros le matan.

Todo esto no pasa de ser un cuento: lo que sí está probado es que los cinocéfalos son una verdadera plaga para los indígenas á quienes causan grandes perjuicios.

Entre los cinocéfalos, mas que en los otros monos, todo indica el animal terrestre: la estructura de su cuerpo les obliga á permanecer en el suelo, y no pudiendo apenas subir á las rocas, con mucha mas razon tendrán dificultad para trepar á los árboles. Siempre se les ve andar sobre las cuatro patas, y si se apoyan en dos, cosa que rara vez sucede, no es mas que para mirar á su alrededor, prescindiendo de que no pueden tomar esa posición sino descansando el cuerpo sobre uno de los pies delanteros. Su andar se parece mas al del perro que al del mono: cuando están tranquilos y no tienen prisa, sus pasos son lentos y pesados, y si se les persigue, galopan haciendo los mas extraños movimientos. Todo el cuerpo se balancea, especialmente la parte superior; y la cola se enrosca de una manera tan provocativa, y hay en sus pequeños y brillantes ojos una expresión tan impertinente, que la simple vista de estos monos basta para formarse una idea de sus abyectos instintos.

Sus facultades intelectuales no contradicen en nada la impresión que producen á primera vista.

Hablando de estos monos dice Scheitlin: «Todos los cinocéfalos son mas ó menos malignos, salvajes, coléricos, insolentes, lascivos y astutos; su hocico es como el del perro, pero mal hecho; su cara está desfigurada, y la parte posterior de su cuerpo es lo que hay de mas repugnante. Su mirada es astuta, y perversa su alma; pero en cambio son mas dóciles que los monos de que hemos hablado y demuestran tener mas inteligencia, aunque siempre acompañada de malicia. Únicamente en los cinocéfalos se puede reconocer en realidad el segundo carácter distintivo del mono, el instinto de imitación, que parecería deber hacerles del todo semejantes al hombre, cosa que nunca se ha verificado. Su lascivia excede á todo cuanto imaginar se pueda; descubren con facilidad los lazos y los peligros, y se defienden de sus adversarios con tanto ardor como tesón.

» Por malo que sea su natural, puede cambiarse cuando son jóvenes, domesticándolos y acostumbrándolos á la obediencia; pero á medida que envejecen, se extinguen los buenos sentimientos, y el primitivo carácter recobra su predominio. Entonces ya no obedecen; rechinan los dientes y muerden como cuando eran salvajes; de modo que la educación no se

arraiga en ellos con bastante solidez. Dicese que si se hallan en libertad son mas inteligentes é ingeniosos y que domesticados son mas afables é instruidos.»

No puedo menos de conformarme con lo que dice Scheitlin, pues su descripción es exacta: el espíritu de los cinocéfalos es, por decirlo así, el del mono completo, pero en el mal sentido mas bien que en el bueno. Sin embargo, no es posible negar á estos cuadrumanos algunas buenas cualidades: se profesan entre sí, y principalmente á sus hijos, un amor extraordinario; quieren tambien al hombre que les cuidó y educó, y hasta se hacen útiles de diversos modos; pero todas sus buenas cualidades no compensan sus defectos. La astucia y la perfidia dominan siempre en todos ellos; se distinguen

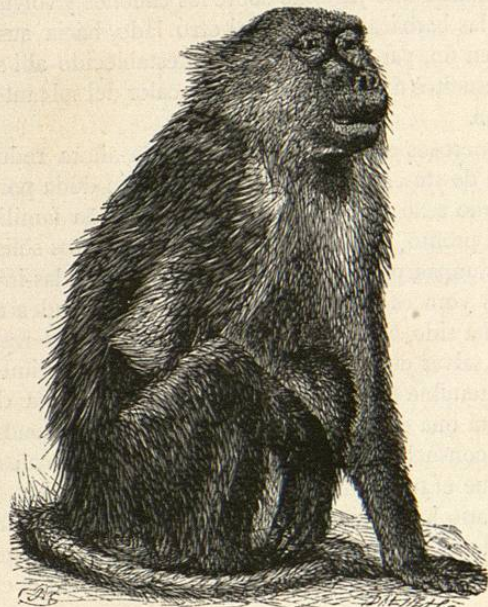


Fig. 59.—EL CINOCEFALO ESFINGE

principalmente por su carácter irascible, y su cólera estalla con la rapidez que se inflama un montón de paja; pero dura mas tiempo y no se extingue tan fácilmente. Una sencilla mirada, una risa algo burlona ó una mirada maligna bastan para irritar al cinocéfalo, y en su rabia todo lo olvida, aun al que acariciaba pocos minutos antes. Son, pues, siempre peligrosos; su carácter feroz y bestial se ostenta con frecuencia y de improviso, haciéndose en este caso verdaderamente terribles para sus enemigos.

CAZA Y COMBATES.—Los cinocéfalos viven seguros en su país, pues así el hombre como las fieras los temen y evitan todo lo posible encontrarlos. La verdad es que huyen del hombre, pero cuando la necesidad les obliga, aceptan el combate, lo mismo con él que con los carniceros, no dejando de ofrecer la lucha verdaderos peligros, pues los cinocéfalos atacan casi siempre en crecido número. El leopardo parece ser su enemigo mas temible, si bien persigue antes á los jóvenes que á los viejos y no ataca nunca á una bandada. Si ha de creerse á los indígenas, ni el mismo león se atreve con semejantes enemigos: los cinocéfalos vencen fácilmente á los perros, y sin embargo, estos nobles animales no conocen mayor placer que darles caza. Pudiera creerse á primera vista que cuando uno experimenta los mordiscos de tan peligrosos cuadrumanos, vacilará en volver á medirse con ellos, pero no sucede esto. Los perros de caza de los habitantes del Cabo abandonan todas las pistas por seguir la del cinocéfalo, y testigos oculares afirman que las luchas que empeñan con ellos son verdaderamente terribles. Los plantadores del Cabo temen mucho mas por sus perros cuando persiguen al cinocéfalo, que en la caza del leopardo.

Quando una buena jauría divisa una bandada de cinocéfalos, precipitase furiosa sobre ella, la persigue en su fuga, dispersándose muy pronto perros y monos. Los mas débiles de estos hacen esfuerzos para llegar á las rocas á fin de ponerse á salvo, y los machos mas fuertes caminan con cierta lentitud, atrayendo de este modo á los perros hácia ellos. De vez en cuando vuelven la cabeza y dirigen á sus perseguidores una mirada maligna y astuta, hasta que al fin alcanza el perro á un enemigo y trata de cogerle. Pero el mono se vuelve brus-

camente lanzando un grito terrible, salta sobre él, se agarra con las cuatro patas á su cuerpo, le muerde varias veces en la garganta ó en el pecho, lucha y se revuelcan ambos por el suelo, le vuelve á morder, y le deja por último tendido, cubierto de heridas y de sangre, mientras que él huye á las rocas, lanzando gritos de triunfo verdaderamente diabólicos.

Los perros buenos, ya expertos en este género de caza, saben evitar el peligro, pues permanecen siempre juntos, sin atacar mas que á los monos aislados: y como un solo cinocé-



Fig. 60.—EL CINOCEFALO GELADA

falo no puede hacer tan buen uso de sus peligrosas armas cuando lucha contra tres ó cuatro enemigos, sucumbe si no consigue escaparse.

Resulta, pues, que los perros y el leopardo son los únicos enemigos terribles del cinocéfalo.

Las aves de rapiña no les dan nunca caza: el águila mas fuerte no se atrevería á atacar al mas pequeño y débil cinocéfalo.

Los reptiles son los únicos animales que tienen el privilegio de causarles espanto: la mas pequeña culebra inspira un temor indescriptible á toda una bandada, y de creer es que los monos han tenido ocasion de sentir los peligrosos efectos de la mordedura de las serpientes venenosas, pues siempre temen á los reptiles. Jamás mueve una piedra el cinocéfalo ni rebusca entre las breñas sin asegurarse primero de que no encontrará ninguna serpiente: estos prudentes animales no temen al escorpion; saben cogerle con destreza, le arrancan su dardo sin herirse, y se lo comen con la misma satisfacción que experimentarían al saborear las arañas ó los insectos.

El hombre no puede hacer mas que alejar de vez en cuando á los cinocéfalos de sus plantaciones: una verdadera caza exigiría gran número de hombres para no ser peligrosa, y

además sería siempre difícil hacerles una guerra de exterminio.

A juzgar por lo dicho, podría creerse que es imposible hacerse dueño de un cinocéfalo; pero nada hay mas fácil: su sensualidad es causa de su pérdida. En toda el Africa se sabe que los cinocéfalos son muy aficionados á las bebidas espirituosas y que se embriagan fácilmente, de modo que, basta poner á su alcance algunas vasijas llenas de estos líquidos, para verlos á poco completamente beodos. Cuando se hallan en este estado se les coge, y gracias á las fuertes ataduras con que se les sujeta, y á los repetidos golpes, se consigue calmar generalmente el primer acceso de cólera, tan violento como terrible. Su propia inteligencia les hace reconocer bien pronto que el hombre es su amo.

Los cazadores se apoderan con mas frecuencia de los monos pequeños, valiéndose para ello, por regla general, de los perros que dispersan las manadas y paran las piezas mas jóvenes. Estas se entregan sin resistencia á sus perseguidores, sin que el domesticarlas cueste dificultad alguna, porque, separadas de la madre, son felices encontrando quien las cuide.

En su amor sensual son verdaderamente repugnantes. Su